

“Si el poder se adueña del pasado lo convierte en propaganda”

El búlgaro **Gueorgui Gospodínov** logra en ‘Las tempestálidas’ un ensueño distópico sembrado de irónicas premoniciones que desenmascara la íntima y peligrosa relación que late entre nostalgia y política

por **ANDRÉS SEOANE**

fotografía de **ASÍS G. AYERBE**

«El pasado no es nada inocente. Lo que vemos hoy es una especie de reconstrucción al estilo Frankenstein, una recreación selecta del pasado», sostiene el escritor búlgaro Gueorgui Gospodínov (Yámbol, 1968), maestro en convertir ese tiempo pretérito en actor de sus novelas. Ganador de la mayoría de los principales premios europeos –los últimos el Strega, el Gran Premio de Literatura de Atenas y el Angelus de Literatura Centroeuropea–, su nueva novela, *Las tempestálidas*, es una descarnada reflexión sobre la memoria y una certera y ácida crítica a las políticas identitarias en Europa. «El tiempo es cada vez más importante que el lugar. Nuestras nostalgias ya no son por un lugar concreto, sino por un tiempo concreto», defiende. Y eso nos aboca hacia un pasado perpetuo que de futuro sólo tiene la cara.

PREGUNTA. *Las tempestálidas* trata sobre el pasado, pero muestra un grave déficit de futuro. ¿Por qué por primera vez en siglos no vemos esperanza en el porvenir?

RESPUESTA. El pasado se volvió nuestra patria en el momento en

que el presente y el futuro se volvieron un país extranjero y amenazador. Las visiones de un futuro en el que volaremos a otros planetas, las enfermedades más graves se podrán curar y la vida humana consistirá en una juventud prolongada son sueños de hace cincuenta años. Y no han avanzado hacia su realización. Al contrario: han aparecido pandemias, crisis, guerras. De golpe, el único futuro posible, el único refugio (engañoso, por supuesto) resultó ser el pasado, porque en él tenemos, al menos, sensación de futuro. Esto es lo que importa. Nadie vive en el futuro, pero sin sensación de futuro la vida es impensable.

P. Lo que empieza en la novela como una reconstrucción privada pronto se vuelve un proyecto social. Más allá de los intereses políticos, ¿qué peligros existen en que la memoria individual se vuelva colectiva?

R. Como individuos, a diario viajamos hacia atrás en el tiempo, descendemos a las habitaciones de nuestro pasado. Personalmente disfruto mucho haciéndolo. A veces, vuelves atrás para recordar quién eres y quién fuiste. Te quedas un rato en esa ha-

bitación, en ese sótano o en esa tarde del pasado, pero al salir es bueno que no te dejes la puerta abierta, no mezclar los tiempos. El problema surge cuando intentamos meter a todo un pueblo en una especie de recreación de ese pasado. Allí todo está muy claro, somos los mejores, los otros nos odian y atacan. La idea es que las cosas son sencillas y claras, como lo es cualquier explicación populista. Es entonces cuando el pasado se vuelve propaganda. Y se pueden cometer actos terribles en su nombre. El nacionalismo es el que más se alimenta con ese tipo de pasado. Y detrás siempre asoma, delator, un tedioso kitsch.

P. Ha defendido desde siempre que la historia de la humanidad está en la vida cotidiana, ¿en qué momento esta vida anodina se vuelve historia, memoria?

R. Sí, la historia está hecha de cotidianidad que de repente ha saltado por los aires. Algo se ha quebrado y la vida cotidiana se ha convertido abruptamente en historia, con más frecuencia en guerra. Eso fue lo que ocurrió el 1 de septiembre de 1939. Si hojeamos los periódicos de aquel día (lo hago en *Las tempestálidas*), veremos cómo en sus páginas la vida cotidiana, con sus cines y teatros de noche y las rebajas de la temporada, chocaba con las noticias de los tanques y de las primeras bajas en la frontera germanopolaca. Desgraciadamente, hoy volvemos a ser testigos de ello. El 24 de febrero del año pasado, la vida cotidiana de nuevo se convirtió en historia. De hecho, a la misma hora que aquel 1 de septiembre, con minutos de diferencia, alrededor de las 4:50 de la madrugada.

P. ¿Qué función tiene esa reconstrucción del pasado y qué peligros encierra una visión unívoca de una realidad que fue colectiva y diversa?

R. El pasado no es nada inocente. Los acontecimientos del último año no hacen más que corroborarlo. La guerra que Putin emprendió en Ucrania es una guerra por y del pasado. Utiliza el pasado como coartada: estuvisteis con nosotros y ahora os

Papel de la memoria Narramos para mantener el pasado en el pasado. Nos corresponde domarlo, no dejar que nos arrastre”

Nostalgia Es un arma delicada de destrucción masiva. Si no pasa por el tamiz de la memoria crítica nos lleva a confusiones”



traeremos a la fuerza de vuelta con nosotros. O lo que es aún más aterrador: una mañana, el dictador se despierta y ve que el tiempo que transcurre fuera ya no es el suyo. Nada queda ya del imperio de antaño ante el que todos temblaban, todos le han abandonado e intentan construir sus vidas sin él. Y la única forma de regresar a su tiempo es librar una guerra por ese «pasado feliz», aunque haya que volver a la Segunda Guerra Mundial. Toda guerra es una máquina del tiempo, un retroceso en el tiempo humano. «No solo quiero recuperar territorios, quiero haceros volver a mi época»: esto es lo que nos dice esta guerra.

P. Este triste ejemplo de adónde puede conducir la añoranza ciega por el pasado que es la guerra, ¿servirá para que recapitemos o será un hecho más en esta cadena de *pasadofilia*?

R. Hasta el último momento me pregunté si quitar el breve capítulo final de la novela, que termina con el estallido de una guerra de ese tipo, imitando el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, con los tanques en la frontera, con la invasión de madrugada, etc. Al final lo mantuve, pero no dejaba de pensar que algo así ya no podría ocurrir. A veces somos mucho más ingenuos que nuestros propios libros. Espero que esta guerra nos enfrente cara a cara con aquel pasado que no queremos que se repita.

P. Asegura que no se puede prescindir de la memoria, pero que uno también se puede asfixiar en ella. ¿Cuál sería la dosis exacta de memoria, cómo no enfermar de pasado?

R. Precisamente la memoria es el sistema inmunitario que puede salvarnos de los virus del pasado. A menos memoria, más pasado. La medida consiste en que nosotros dominemos el pasado, no que el pasado nos domine. Nos corresponde a nosotros domarlo y narrarlo, entrar y salir de él, exprimir de él conocimiento y emoción, y no a él arrastrarnos a su reino subterráneo. Narramos para mantener el pasado en el pasado. Pero sin memoria, no hay relato. ▶

► **P. Afirma el pensador David Rieff que tenemos un exceso de memoria histórica y que «el olvido es más importante para la paz que la justicia». ¿Es posible y deseable olvidar?**

R. Sólo podemos olvidar después de haber recordado, tras un trabajo con la memoria, después de mucha reflexión. Sólo entonces, si podéis, olvidadlo. En España probablemente se reflexiona mucho sobre todo esto, dada la historia del siglo XX, la memoria y la reconciliación. Una paz o una reconciliación que vienen después de un trabajo de memoria deberían ser más estables que una paz o una reconciliación que se producen tras olvidar y barrer debajo de la alfombra. En Bulgaria, inmediatamente después de 1989, intentamos olvidar (era muy oportuno para la *nomenklatura*). El resultado fue que nunca pudimos desprendernos por completo del pasado ni de la mentalidad de aquella época, ni de las personas que entonces ocupaban el poder. El pasado del que no se ha hablado produce demonios sin cesar.

P. «Cuanto más olvida una sociedad, tanto más alguien fabrica, vende y rellena con sucedáneos de memoria los nichos desocupados», escribe. Se habla mucho del poder de la nostalgia, ¿hasta qué punto es un arma?

R. La nostalgia es un arma delicada de destrucción masiva. Su radiación atraviesa con facilidad nuestras resistencias, pues todos somos nostálgicos y no hay nada malo en ello. Lo malo viene en el momento en que se acumula una masa de nostalgia colectiva que alguien decide encaminar en la dirección equivocada. Esta nostalgia no articulada, que no ha atravesado el tamiz de la memoria crítica, puede confundir fácilmente, por ejemplo, el sueño por tu propia juventud feliz con la época política

ca de entonces. Pero no se trata de una relación de causa-consecuencia, como alguien podría prometer. Si quieres volver a ser feliz como a los veinte, ¿deberíamos recuperar el comunismo de 1950, de cuando fuiste joven?

P. Como muestra Bulgaria en la novela, ¿son socialismo o nacionalismo los únicos pasados posibles en la nostalgia europea, a eso se reduce nuestra historia?

R. En el caso búlgaro podría ser algo peor: no el nacionalismo o el socialismo, sino ambos. Por cierto, están muy unidos y suelen ir juntos. Cuando una ideología empieza a perder terreno bajo sus pies, recurre enseguida al nacionalismo como último refugio. Lo estamos viendo en bastantes países europeos. Precisamente por eso escribí este libro, para intentar anticiparme a algo preocupante que flota en el ambiente. Los pasados son muchos



y diversos, por lo que el pasado también es una cuestión de elección y es importante saber exactamente qué pasado elegimos. Europa es el continente con mayores yacimientos de pasado, un pasado que ha sido narrado y encapsulado en mitos, libros, cultura, convertido en memoria. Por eso resulta más doloroso cuando aquí se hacen suplantaciones del pasado.

P. Dice que el pasado no es sólo lo ocurrido, sino también lo imaginado. ¿Funciona así la memoria colectiva?

R. Sí, considero que tenemos un centro de memoria no solo para

REFERÉNDUM POR EL PASADO EUROPEO

“Para adivinar qué década feliz votaría cada país en su referéndum por el pasado había mucho que tener en cuenta: la historia, la economía, los acontecimientos locales, pero también cuál era el flujo de las nostalgias y la cultura popular”, explica Gospodínov. “ABBA, por ejemplo, que no es casual que haya vuelto, no fue menos importante que la política

lo que nos ha ocurrido, sino también para lo que deseábamos mucho, pero no ocurrió. Conozco a mucha gente de mi generación y de la de mis padres que «recordaban» el París de los años 60, sin haber estado nunca allí, pero no se acordaban mucho de los desfiles oficiales de esa época en Sofía. Uno compone, imagina un recuerdo, recuerda a través de lo que ha leído y escuchado. La literatura produce recuerdos, yo mismo siento que podría contar algunas escenas de novelas en primera persona, o que recuerdo nítidamente el frío en el que la pequeña cerillera de Andersen encendía los fósforos. Es una experiencia que se nos da como compensación, y en el plano personal puede ser redentora. Por lo demás, desconfío bastante de los intentos colectivos de implantar una memoria artificial.

P. Hace años se vendía el futuro como un cheque en blanco, como ocurrió en los países del Este tras la caída del comunismo, lo que desembocó en decepción. ¿De qué forma esta manera de vender el pasado es otro cheque en blanco que terminará por revelar su cara falsa?

R. Estoy dolorosamente familiarizado con este cheque en blanco del futuro, igual que lo está la

gente de mi generación. En nombre de ese futuro luminoso, hubo que atravesar un presente de días más grises y nublados, a costa de muchas concesiones, muchos engaños, muchas privaciones. Ahora, como el futuro se ha agotado, los populistas se han puesto a prometer un pasado. Como personas a las que se les ha engañado con el cheque del futuro, nosotros, los de Europa del Este, podemos decir sin temor a equivocarnos que el cheque del luminoso y colectivo pasado ideológico también está en blanco. En esto podéis confiar en nosotros. **L**

interior de los gobiernos escandinavos. También había que ver cuándo gran parte de los votantes actuales vivieron el cenit de su juventud. La realidad actual confirma las elecciones que toma cada país en la novela”

Humor y ternura destellan en el afilado escalpelo de **Gueorgui Gospodínov**, que captura en esta novela el 'zeitgeist' de una época que anhela por encima de todo volver a tiempos felices

Reescribiendo el pasado: cuando la memoria es un arma

por **MARTA REBÓN**

A diferencia del futuro, abierto a lo imprevisible, el pasado es como la arcilla que moldeamos en el torno mientras le damos al pedal de la nostalgia, y se adapta entre las manos a «aquello que solo hemos imaginado». Así, en el pretérito se mezcla lo que aconteció en realidad con las plegarias no atendidas, lo que creemos (o nos dicen) que pasó y su versión mejorada a partir de los anhelos caducos de la juventud. «*Lo que pudo haber sido y lo que ha sido/ tienden a un solo fin, presente siempre*», dijo el poeta.

Así pues, la memoria crea su propio refugio del tiempo cuando nos desborda el presente y nos atemoriza el futuro. ¿Y si fuera posible abrazar esa felicidad pretérita, tan añorada como narcotizante, en espacios destinados a tal fin en una suerte de clínicas del pasado? Esta es la premisa de Gueorgui Gospodínov (Yambol, Bulgaria, 1968) en su nueva novela, la tercera, magníficamente traducida al español, y de ahí el título, un neologismo búlgaro –«cronorrefugio»– que en la versión a nuestra lengua ha mutado en uno no menos sugerente, *Las tempestálidas*, de ecos clásicos y mitológicos, tal vez un guiño al minotauro de *Física de la tristeza*, su segunda novela.

Los escritores europeos cuyos países han conocido el yugo de imperios y utopías, así como las traumáticas consecuencias de sus

derrumbes, tienen mucho que decirnos sobre los monstruos de la memoria y su empleo como herramienta de manipulación social. Ante un futuro incierto, se conjura un simulacro del pasado convenientemente idealizado al que se propone regresar, algo objetivamente imposible.

La producción literaria de la periferia oriental y del sureste europeo, a la que tras la caída del Muro se le pedían novelas locales y exóticas que confirmasen los estereotipos que le asignó Occidente –y que perduran– nos ofrece ahora las mejores interpretaciones de nuestra contemporaneidad. Y en esta constelación (con Tokarczuk, Kurkov, Cartarescu o Krasznahorkai), brilla Gospodínov, poeta, dramaturgo y recopilador de historias culturales de la vida bajo el comunismo, además de novelista. Y lo hace con un resplandor particular, tal vez, como él mismo ha explicado, debido a la idiosincrasia búlgara, doblemente derrotada en el siglo anterior, y cuyas décadas bajo el socialismo destacaron por no destacar en nada.

Por eso su prosa está teñida de ese sentimiento intraducible de *taga*, la pena por la pérdida de lo que nunca se tuvo y aun así se extraña. Con su sagacidad y cáldido humor (recuerden la anécdota del narrador de *Física de la tristeza* y su novia, que compran un libro de cocina para hornear un pastel a pesar de no tener nin-



GUEORGUI GOSPODÍN OV

LAS TEMPESTÁLIDAS
Trad. de César Sánchez y María Vútova. Fulgencio Pimentel. 408 páginas. 25 €

EL PODER DE LAS HISTORIAS

“Nuestras historias y nuestros libros funcionan como cápsulas de tiempo. Para mí solo lo fugaz, lo limitado en el tiempo, lo que está vivo y morirá, es lo que tiene que ser conservado”, defiende el escritor. “Ese es también el papel de las historias, que a fin de cuentas son las que nos dan la ilusión de que existimos, de que las cosas que nos ocurren tienen un sentido, un significado y un orden particular. Sin las historias, somos partículas en caótico movimiento”

guro de los ingredientes), sólo Gospodínov podría haber fabulado a un *alter ego* que, junto con el psiquiatra Gaustín (recurrente en su ficción), pusiera en marcha una clínica para enfermos de olvido en Zúrich, ciudad bajo la sombra de dos creaciones cumbre sobre el tiempo: *La montaña mágica* y la Teoría de la Relatividad.

Los pacientes con Alzheimer pueden escoger una de sus plantas, decoradas según el estilo de una década pasada, aquella que les haga sentir mejor. Cada paciente lleva consigo un pedazo de (des)memoria europea que Gospodínov explota a veces con negro humor, a veces con honda ternura, como en el caso de la Sra. Sh., que se sume «en una muda histeria con solo ver la ducha», para luego revelarse que es una superviviente de Auschwitz («aquello que toda su vida había querido borrar se abalanzaba sobre ella de vuelta como un tren de frente y no podía refugiarse en otros recuerdos y tiempos»).

El invento no acaba con la aplicación en esta clínica de una terapia aparentemente benigna, una suerte de cruce entre *Good bye, Lenin* y *Grand Hotel Budapest*, sino que todo se desmadra cuando se abren sucursales en otras ciudades –también en Bulgaria– y no sólo las demandan enfermos, sino gente sana que busca en la nostalgia un refugio de las tempestades presentes y futuras. La idea cuaja bien: se promueven referéndums nacionales para elegir aquellos «tiempos felices» a los que habría que volver. Este marco le sirve al autor para dedicar una parte al caso búlgaro y otra al resto de países europeos, explotando cómicamente todos los tópicos: Alemania escoge 1989, España la Movida de los ochenta, etc.

¿Sería este el mejor mundo posible, uno en el que cada nación viviera su «época dorada»? *Las tempestálidas* es una novela que sintetiza el actual *zeitgeist* y una notable criatura literaria sobre nuestro anhelo más irrealizable: resistir al tiempo sin morir en el intento. Para ello, recuerda Gospodínov, esta- **L**
rá siempre la literatura.